

➤ *Corazón. El fortalecimiento del corazón. Mensaje de Papa Francisco para la Cuaresma de 2015.*
 1. «Si un miembro sufre, todos sufren con él». El cristiano es aquel que deja que Dios lo revista de su bondad y misericordia, lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres.
 2. «¿Dónde está tu hermano?» La victoria de Cristo resucitado es para nosotros motivo de fuerza para superar tantas formas de indiferencia y dureza de corazón. 3. «Fortaleced vuestros corazones». También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. ¿Qué podemos hacer? Podemos rezar en la comunión de la Iglesia terrena y celestial. Podemos ayudar con gestos de caridad, llegando tanto a las personas cercanas como a las alejadas, gracias a los muchos organismos de caridad de la Iglesia. La Cuaresma es tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto. El sufrimiento del otro constituye una llamada a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de mis hermanos.

MENSAJE DE PAPA FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2015 **«Fortaleced vuestros corazones» (Santiago 5,8)**

Queridos hermanos y hermanas: la Cuaresma es *tiempo de renovación* para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es *tiempo de gracia* (2Co 6,2). Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: *Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero* (1Jn 4,19). Él no es indiferente a nosotros: está interesado en cada uno, nos conoce por nuestro nombre, nos cuida y nos busca cuando lo dejamos; cada uno le interesa, y su amor le impide ser indiferente a lo que nos pasa. Pero sucede que, cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace nunca), y ya no nos interesan ni sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen. Y nuestro corazón cae en la indiferencia: *yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de los que no lo están*. Esa actitud egoísta de indiferencia alcanza hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que se puede hablar de *globalización de la indiferencia*. Se trata de un mal que hemos de afrontar como cristianos.

Cuando el pueblo de Dios se convierte a su amor, encuentra respuesta a las preguntas que la historia continuamente le plantea. Uno de los retos más urgentes en los que quiero detenerme en este Mensaje es el de **la globalización de la indiferencia**. La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír cada Cuaresma *el grito de los profetas que alzan su voz y nos despiertan*.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de entregar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que mantiene abierta esa puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que obra en la caridad (cf. Ga 5,6). Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta por la que Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Por tanto, la mano —que es la Iglesia— nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

Así pues, el pueblo de Dios necesita renovarse para no ser indiferente ni cerrarse en sí mismo. Querría proponeros tres puntos para meditar sobre esta renovación.

1. «Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1Corintios 12,26) – La Iglesia.

La caridad de Dios, que rompe la mortal cerrazón de la indiferencia, nos la ofrece la Iglesia con sus enseñanzas y, sobre todo, con su ejemplo. Sin embargo, sólo se puede dar ejemplo de lo que antes se vivido. El cristiano es aquel que deja que Dios lo revista de su bondad y misericordia, lo revista

de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo en el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero luego entendió que Jesús no quería ser sólo ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Ese servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo esos *tienen parte* con Él (Jn 13,8) y pueden servir al hombre.

La Cuaresma es tiempo propicio para dejarnos servir por Cristo y llegar a ser como Él. Esto sucede cuando escuchamos la Palabra de Dios y recibimos los sacramentos, en especial la Eucaristía. En ella nos convertimos en lo que recibimos: Cuerpo de Cristo. Ahí no hay lugar para la indiferencia, que tan a menudo parece apoderarse de nuestros corazones. Quien es de Cristo pertenece a un solo cuerpo y, en Él, no se es indiferente con los demás. *Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él* (1Co 12,26).

La Iglesia es *communio sanctorum* porque en ella participan los santos y, a la vez, porque es comunión de cosas santas: el amor de Dios, que se nos reveló en Cristo, y todos sus dones. Entre éstos está también la respuesta de quienes se dejan tocar por su amor. En esa comunión de los santos y participación en las cosas santas, nadie posee cosas para sí, sino que lo que tiene es para todos. Y, puesto que estamos unidos en Dios, podemos hacer también algo por los que están lejos, a los que nunca podríamos llegar sólo con nuestras fuerzas porque, con ellos y por ellos, rezamos a Dios para que todos nos abramos a su obra de salvación.

2. «¿Dónde está tu hermano?» (Génesis 4,9) – Las parroquias y las comunidades.

Lo que hemos dicho para la Iglesia universal hay que traducirlo en la vida de las parroquias y comunidades. ¿Se experimenta en las realidades eclesiales que formamos parte de un solo cuerpo? ¿Un cuerpo que recibe y comparte lo que Dios quiere dar? ¿Un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, y se hace cargo de ellos? ¿O nos refugiamos en un amor universal que se compromete con los que están lejos en el mundo, pero olvida al Lázaro sentado delante de su propia puerta cerrada? (cf. *Lucas* 16,19-31).

Para recibir y hacer fructificar plenamente lo que Dios nos da hay que superar los confines de la Iglesia visible en dos direcciones:

- En primer lugar, uniéndonos a la Iglesia del cielo en la oración. Cuando la Iglesia de la tierra reza, se insta una comunión de servicio y bien mutuos que llega a Dios. Junto a los santos, que encontraron su plenitud en Dios, formamos parte de la comunión en la que el amor vence a la indiferencia. La Iglesia del cielo no es triunfante porque haya dado la espalda a los sufrimientos del mundo y goce en solitario. Los santos contemplan y gozan gracias a que, con la muerte y resurrección de Jesús, vencieron definitivamente la indiferencia, la dureza de corazón y el odio. Hasta que esa victoria del amor no inunde todo el mundo, los santos caminan con nosotros, todavía peregrinos. Santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia, escribía convencida de que la alegría en el cielo por la victoria del amor crucificado no es plena mientras haya un solo hombre en la tierra que sufra y gima: *Cuento mucho con no permanecer inactiva en el cielo, mi deseo es seguir trabajando para la Iglesia y para las almas* (Carta 254, 14-VII-1897). También nosotros participamos de los méritos y alegría de los santos, y ellos participan de nuestra lucha y deseo de paz y reconciliación. Su alegría por la victoria de Cristo resucitado es para nosotros motivo de fuerza para superar tantas formas de indiferencia y dureza de corazón.
- Por otra parte, toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y alejados. La Iglesia por naturaleza es misionera: no puede quedarse encerrada en sí misma, sino ser enviada a todos los hombres. Esta misión es el testimonio paciente de Aquel que quiere llevar toda la realidad y cada hombre al Padre. El amor no puede callar la misión. La Iglesia sigue a Jesucristo por el camino que la lleva a cada

hombre, hasta los confines de la tierra (cf. *Hechos 1,8*). Así podemos ver en nuestro prójimo al hermano o hermana por quienes Cristo murió y resucitó. Lo que hemos recibido, lo hemos recibido también para ellos. Igualmente, lo que esos hermanos poseen es un don para la Iglesia y para toda la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia.

3. «Fortaleced vuestros corazones» (*Santiago 5,8*) – La persona creyente.

También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que relatan el sufrimiento humano y, a la vez, sentimos nuestra total incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror e impotencia?

- En primer lugar, *podemos rezar en la comunión de la Iglesia* terrena y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa *24 horas para el Señor*, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esa necesidad de la oración.
- En segundo lugar, *podemos ayudar con gestos de caridad*, llegando tanto a las personas cercanas como a las alejadas, gracias a los muchos organismos de caridad de la Iglesia. La Cuaresma es tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad.
- Y, en tercer lugar, *el sufrimiento del otro constituye una llamada a la conversión*, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de mis hermanos. Si pedimos humildemente la gracia de Dios y aceptamos nuestras limitaciones, confiaremos en las infinitas posibilidades que nos reserva el amor de Dios. Y podremos resistir la tentación diabólica que nos hace creer que nosotros solos podemos salvar al mundo y a nosotros mismos.

Para superar la indiferencia y las pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos que esta Cuaresma se viva como **un camino de formación del corazón**, como dijo Benedicto XVI (*Deus caritas est*, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, deseo rezar con vosotros a Cristo en esta Cuaresma: *Fac cor nostrum secundum Cor tuum — Haz nuestro corazón semejante al tuyo (Letanías al Sagrado Corazón de Jesús)*. Así tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que ni se deje encerrar en sí mismo ni caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia.

Con este deseo, aseguro mi oración para que todo creyente y comunidad eclesial recorra provechosamente el itinerario cuaresmal, y os pido que recéis por mí. Que el Señor os bendiga y la Virgen os guarde.

Vaticano, 4 de octubre de 2014, Fiesta de san Francisco de Asís.

FRANCISCUS PP.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana